

una guerra justa de parte de los emperadores de Constantinopla si su impotencia no hubiera igualado á su mala voluntad. *Eginhardo* dice que los Césares griegos se indignaron de que un bárbaro se atreviese á llamarse sucesor de los emperadores romanos (1). Temían al poder de este bárbaro; no hubieran desdeñado su amistad, pero les causaba miedo el tenerle por vecino (2). Sin embargo, no se ve que su descontento se haya manifestado en una protesta ó en amenazas de hostilidades. Antes de la coronacion de Carlo-Magno habia relaciones entre el rey de los Francos y la córte de Constantinopla (3); las embajadas llegaron á ser más numerosas despues del restablecimiento del imperio de Occidente (4). Tenían por objeto aparente mantener la paz entre los dos imperios; si hemos de creer á los historiadores griegos, se trataba de una alianza más íntima: el matrimonio de Irene y de Carlo-Magno debia reconstituir la unidad romana. ¿Es verdad, como dice *Leibnitz*, que esta union hubiera sido una dicha para la cristiandad? (5). El imperio griego estaba en plena decrepitud y el imperio franco llevaba en sí los gérmenes de una inevitable disolucion: ¿qué habria podido producir la alianza de dos cuerpos moribundos?

En vano se sucedían las embajadas por el camino de Constantinopla á Aix-la-Chapelle; no habia amistad posible entre dos imperios que pretendían ambos la monarquía universal. Los emperadores griegos no habían renunciado á sus pretensiones; procuraban no dar el título de rey ó de emperador á Carlo-Magno; lo negaron á sus sucesores, á pesar de los testimonios de amistad que continuaron dándose durante algun tiempo los dos imperios (6). Nada prueba mejor la hostilidad profunda que dividía á las dos razas que el tono de las crónicas occidentales. Se diría que los nuevos señores de Roma heredaron el desden

(1) *EINHARDI Vita Caroli Magni*, c. 28.

(2) *IBID.*, *ib.*, c. 16.—Los Griegos tenían un proverbio que decía: «Tened á los Francos por amigos y no por vecinos.»

(3) *IBID.*, *Annales ad a.* 797, 798.

(4) *Annales Laurissenses ad a.* 801.—*EINHARD. Annales ad a.* 802, 810, 811.

(5) *LEIBNITZ.*, *Annales Imperii Occidentis*, t. I, p. 211.

(6) Diputados de Miguel, emperador de Constantinopla, vinieron á Compiègne con la mision aparente, dice *EGINARDO*, de estrechar los vínculos de amistad entre las dos naciones (*EINHARDI Annales ad a.* 814, 815, 817).

con que el pueblo rey miraba á los degenerados descendientes de los Helenos. El *Poeta Sajon*, apénas salido de una barbárie salvaje, se burla de la ligereza de los Griegos, como lo hubiera hecho *Ciceron* (1): «No son valientes sino de lengua; su brazo es indolente; prestos en provocar la guerra, pero poco propios para hacerla con honor.» Sobre todo, en las ingenuas conversaciones del *Monje de San Gall* es donde se ven claramente los sentimientos hostiles de los Francos para con los Griegos del Bajo Imperio.

Durante la guerra contra los Sajones, Carlo-Magno envió diputados á Constantinopla. El emperador griego preguntó si los Estados de su hijo Carlos estaban en paz. El jefe de la embajada respondió que todo estaba tranquilo á excepcion de los Sajones, que infestaban con sus incursiones las fronteras de los Francos. «¿Por qué, replicó aquel príncipe que yacia en vergonzosa indolencia, por qué se fatiga mi querido hijo en combatir enemigos tan poco numerosos sin fama ni valor? Te doy para tí esa nacion y todo lo que le pertenece.» El embajador franco refirió este coloquio á Carlo-Magno: «Ese emperador, respondió el rey guerrero, hubiera hecho mejor en darte unos buenos calzones para hacer un viaje tan largo.» Escuchemos aún al *Monje de San Gall* sobre el ridículo ceremonial de la córte de Constantinopla. Al enviado de Carlo-Magno, invitado á comer, le colocaron en medio de los grandes del imperio. Una ley, cuya autenticidad no garantizamos, mandaba que en la mesa del príncipe nadie diese vuelta al cuerpo de ninguno de los animales que se sirvieran; tenían que limitarse á comer la parte superior. Ignorando los usos del país, el embajador franco dió vuelta á un pescado que se le sirvió. Los cortesanos se levantaron indignados, y el emperador dijo gimiendo al enviado: «No puedo ménos de mandar en seguida que te quiten la vida; pero pídemme otra cosa, y la haré.» Es necesario leer en el relato del cronista alemán, cómo el astuto bárbaro salió de este duro trance. El *Monje de San Gall* acaba exclamando: «Así es como el sabio franco humilló á la vanidosa Grecia en su propio territorio» (2).

(1) *POETA SAXO*, *ad a.* 788 (*PERTZ*, t. I, p. 244, v. 54).

(2) *MONACH. SANGALLENS.*, *Gesta Caroli Magni*, II, 5, 6 (*PERTZ*, t. II, página 749).

Aunque los Francos despreciaban á los Griegos, lo mismo que los Romanos, envidiaban su rica civilizaci3n; el lujo de la c3rte de Constantinopla los deslumbraba. El *Monje de San Gall* celebra la magnificencia de Carlo-Magno, para mostrar que los Francos no eran inferiores en nada á los Griegos. Si le hemos de creer, el rey franco desplegó en una ciudad de la Franconia la pomposa vanidad de los Césares griegos. Unos embajadores de Nicéforo encontraron á Carlo-Magno en su campamento sobre las márgenes del Saal. Se les hizo atravesar cuatro salas magníficamente decoradas. Al entrar en la primera, se postraron ante un personaje cubierto de oro y de pedrerías, para adorarle á la manera oriental; se les dijo que era el condestable. El mismo engaño se repiti3n en las otras salas, en las que se encontraban el conde del palacio, el intendente y el gran chambelan. Por fin se les hizo pasar á la estancia de Carlo-Magno. Aquí el cronista acumula las imágenes de la poesía, los recuerdos de la Biblia y del Oriente, para dar una idea de la majestad imperial. Se comprende que los embajadores griegos, estupefactos, cayeron mudos y desvanecidos» (1).

Sin embargo los Francos conocian su inferioridad en las artes del lujo. Despues de haber hecho ostentacion de la magnificencia del emperador, el *Monje de San Gall* habla con envidia de las cosas raras que los Griegos habian traido consigo. Los Francos, deseosos de apropiarse aquellos maravillosos productos de la industria, trataron de descubrir el secreto de su fabricacion; y á creer á nuestro cronista, lo lograron perfectamente: «Sobresalieron especialmente, dice, en la construcci3n de un 3rgano, ese admirable instrumento que iguala por sus rugidos al ruido del trueno y por su dulzura á las ligeros sonidos de la lira y del címbalo» (2). Esta conquista pareció tan gloriosa á los Francos, que uno de sus poetas vió en ella como un signo de la decadencia de la Grecia y una profecía de la dominacion universal de los Germanos (3). El deseo del poeta se verá cumplido, la bandera de los Francos ondeará en Constantinopla, se hablará la lengua franca

(1) MONACH. SANGALL., II, 6 (PERTZ, II, 750).

(2) IBID., II, 7 (PERTZ, II, 751).

(3) ERMOLD. NIGELL., *Carmen*, IV, 638, y sig. (PERTZ, t. II, p. 513).

en Aténas; pero esta dominacion será pasajera; el imperio de los Griegos continuará vegetando hasta que los Bárbaros de Oriente vengan á poner fin á su decrepitud secular.

N.º 2. Carlo-Magno y el Califa.

Tres grandes monarquías se dividian el mundo al principio de la Edad Media. Constantinopla no era más que la sombra de un pasado glorioso; no le quedaba de la dominacion romana más que el orgullo y la vanidad. Los Árabes se lanzaron de un salto á los extremos del Oriente y del Occidente, pero en medio de sus victorias se dividieron; en la época en que Carlo-Magno restableció el imperio de Occidente, estaban en decadencia. Sus inmensas conquistas no tenian más que un solo vínculo de unidad, la religion, y esta fué el principio de una division irreparable: dos califas se disputaban la obediencia de los creyentes. La oposicion de razas aumentó su debilidad, destrozando los califatos rivales con disensiones interiores. El ódio se acrecentó hasta el punto de que los discípulos de Mahoma buscaron la alianza de los infieles contra sus correligionarios.

Este estado del imperio árabe explica el que los príncipes mahometanos vinieran á ofrecer sus homenajes á Carlo-Magno y á buscar el apoyo del poderoso rey de los Francos. Los cronistas contemporáneos no advierten el interés político que aproximaba dos imperios divididos por la religion; no ven en estas embajadas más que un testimonio de admiracion hácia Carlo-Magno, y se complacen en enumerar los presentes, productos de un clima lejano, que los enviados de África trajeron á Europa: los leones de la Libia, los osos nómidas, la púrpura de Tiro (1). Por las divisiones de los Árabes fué llamado Carlo-Magno á la península española. Si la Sajonia y la Italia no hubieran tenido absorbidas sus fuerzas, las disensiones de los mahometanos hubieran abierto la España á las armas francas, así como las de los Godos la habian entregado á los Árabes.

(1) MONACH. SANGALLENS., II, 9 (PERTZ, t. II, p. 752).

Gibbon no tiene razón al atribuir á la vanidad las relaciones amistosas del emperador de Occidente y del califa de Bagdad. Los intereses políticos los unian, aunque la religion los dividiese. Arum-al-Raschid combatia al emperador de Constantinopla, enemigo oculto de Carlo-Magno. El rey de los Francos hacía conquistas sobre el califa *ommiada* de Córdoba; y el califa *abassida* de Bagdad preferia que la España estuviese en poder de los infieles á verla gobernada por un cismático. Esta comunidad de intereses, más que la admiración mútua que se inspiraban el señor del Oriente y el dominador del Occidente, dió origen á esta amistad tan celebrada por los cronistas. Arum, dice el *Monje de San Gall*, ofreció al Emperador un elefante, monos, bálsamo, nardo, esencias diversas, especias, perfumes y drogas medicinales de toda especie: «parecía que habia agotado el Oriente para llenar el Occidente» (1). Lo que sorprendió sobre todo á los contemporáneos; fué el elefante; los cronistas anuncian su llegada á Europa como un acontecimiento (2); la historia ha conservado su nombre (3). El *Monje de San Gall* tiene buen cuidado de realzar los presentes que los embajadores de Carlo-Magno ofrecieron al rey de los Persas: eran caballos y mulos de España, paños de Frisa los más raros y los más estimados que se pudo encontrar en aquel país; además se enviaron perros notables por su agilidad y su valor; el monarca persa los habia pedido para cazar los leones y los tigres. Según dice el cronista, los perros y la destreza de los Francos en la caza fué lo que principalmente llenó á Arum de admiración respecto de su poderoso rey (4).

Las embajadas del lejano Oriente, los productos de aquella tierra de maravillas, debían impresionar las imaginaciones vírgenes de los Occidentales. Si hemos de creer á los cronistas, las relaciones de Carlo-Magno y de Arum-al-Raschid tuvieron resultados más maravillosos aún que los admirables presentes del califa, á quien llamaban rey de los Persas, confundiendo el poder ac-

(1) MONACH. SANGALLENS., II, 8 (PERTZ, t. II, p. 752).

(2) *Annal. Lauresham.*, c. 35 (PERTZ, I, 39).

(3) «*Nomen ei Abulabaz*» (LEIBNITZ, *Annal. Imperii Occident.*, t. I, página 218).

(4) MONACH. SANGALL., II, 9 (PERTZ, II, 752).

tual de los Árabes con el nombre temido de los Persas en la más remota antigüedad. *Eginhardo*, el biógrafo y amigo de Carlo-Magno, dice que Arum cedió la propiedad de los Santos Lugares al emperador de Occidente (1). Los Francos, en su sencillez, tomarían al pié de la letra las figuras del lenguaje oriental, tan hinchado como obsequioso. Es cosa de oír como refiere el *Monje de San Gall* este hecho tan glorioso para su héroe: «Qué puedo yo ofrecer, dice Arum á los embajadores francos que sea digno de vuestro rey? Aun cuando le diera la tierra prometida á Abraham, no podría, á causa de su alejamiento, defenderla contra los ataques de los Bárbaros. Procuraré buscar, sin embargo, el medio de hacerle este presente; le cederé el supremo poder sobre este país y se lo gobernaré como su lugarteniente» (2).

Hay un hecho averiguado en medio de estas exageraciones, y es que Carlo-Magno se aprovechó de sus relaciones de amistad con el poderoso califa para proteger á los cristianos de Oriente: «Su caridad, dice *Eginhardo*, iba en busca de todas las miserias; no limitaba su beneficencia á sus Estados, sino que hasta más allá de los mares, á la Siria, á Egipto, á Africa, á Jerusalem, á Alejandria, á Cartago, á todas partes donde sabía que habia cristianos en la desgracia, les enviaba socorros.» El biógrafo de Carlo-Magno añade que, si buscaba la amistad de los príncipes del otro lado de los mares, era, sobre todo, por dar apoyo á los cristianos que vivían bajo su dominio (3). La protección asegurada á los discípulos de Cristo en un imperio que obedecía á las leyes de Mahoma, es una de las maravillas del reinado de Carlo-Magno: es á la vez un testimonio de su poder y de los sentimientos religiosos que le animaban. Pero estas relaciones amistosas entre el Occidente cristiano y el Oriente árabe no podían durar. Los peregrinos se expusieron á todas las vejaciones de un enemigo infiel y bárbaro. Conmovida por sus gritos de angustia, la cristiandad toda entera se precipitó sobre el Asia para conquistar el sepulcro de Cristo. El sepulcro

(1) *EINHARDI Vita Caroli Magni*, c. 16.

(2) MONACH. SANGALLENS., II, 9 (PERTZ, II, 753).

(3) *EINHARDI Vita Caroli Magni*, c. 27.

no se conquistó, pero la civilización progresó con estas luchas seculares.

N.º 3. — *Relaciones comerciales.*

Los grandes imperios extienden las relaciones comerciales, aún cuando el genio de los conquistadores no sea favorable al comercio. Aunque los Romanos no fueron una raza comercial, su dominación estableció, creó un vínculo entre el Oriente y el Occidente, entre el Norte y el Mediodía. Sucedió lo mismo con el imperio de Carlo-Magno; pero el carácter y el destino de la monarquía de los Francos no permitieron al comercio tomar un desarrollo duradero. Roma se gloriaba de ser la ciudad eterna, y en efecto, su dominación secular parecía desafiar al tiempo, mientras que el imperio carlovingio no tuvo más duración que la de la vida de un hombre. La unidad y el derecho caracterizan el genio romano; por todas partes reinaban el orden y el respeto á las leyes. La monarquía carlovingia no fué más que una tentativa de unidad; los pueblos y los individuos coexistían más bien que formaban un Estado; la acción disolvente triunfaba del ensayo prematuro de un gobierno central. Sólo temporalmente aprovechó el comercio las conquistas de Carlo-Magno y sus relaciones políticas; pronto la decadencia del imperio condujo á la desmembración del feudalismo; entonces el movimiento comercial, hallando trabas á cada paso, se detuvo para volver á tomar luego nueva fuerza, gracias á las luchas de la Europa contra el Oriente.

En tiempo de Carlo-Magno, una gran parte de la Europa se abrió al comercio. Las armas y la religión se asociaron para sacar á la Alemania de su bárbaro aislamiento. Sin ser sometida, la Europa oriental fué visitada por los Francos; los pueblos eslavos se mezclaron con las tribus germánicas, primeramente por la guerra, y después por la religión. Las islas del Norte, cuya existencia no conocían los Romanos sino vagamente, fueron reveladas al imperio carlovingio por la piratería. Una vez convertidos, los reyes del mar emplearon su genio aventurero en lejanas correrías; muchos siglos ántes de la era moderna pusieron el pié en el mun-

do cuyo descubrimiento hizo ilustre á Colon. Los Arabes amenazaban hacer de España una dependencia del Oriente y aislarla de la Europa; Carlo-Magno les arrebató una *Marca*, y conservó relaciones con los príncipes cristianos y con los jefes descontentos de los infieles. La Inglaterra quedó fuera del imperio carlovingio, pero la comunidad de creencias es un vínculo más fuerte que la fuerza; numerosos peregrinos y atrevidos misioneros salieron de la isla destinada á ser un día el centro comercial del universo (1).

Destruyendo la unidad del imperio la invasión de los Bárbaros, parecía que debía romper toda relación con el Oriente. Pero la corte de Constantinopla mantuvo alianzas políticas con los reyes francos, y el comercio se aprovechó de ellas. En tiempo de Carlo-Magno, los dos imperios se tocaban; la sorda hostilidad que los dividía no impidió que los mercaderes tomáran el camino de Constantinopla. El lejano Oriente, siempre enemigo de Roma, era más que nunca hostil al Occidente desde que los ardientes sectarios de Mahoma dominaban en él. Sin embargo, el interés político acalló la intolerancia y fueron embajadas de Aix-la-Chapelle á Bagdad. Los cronistas se maravillan con razón de estas relaciones amistosas: «Lo que el poeta presentaba como imposible al decir: *entonces el Parto beberá en el Arari ó el Germano en el Tigris*, parecía fácil, gracias á las embajadas que iban de los Germanos á los Partos y de los Partos á los Germanos» (2).

La vista de las riquezas del Oriente y el contacto de los hombres del Mediodía, hicieron á los guerreros francos sensibles á los goces del lujo. El *Monje de San Gall*, para hacer brillar á su hé-

(1) Encuéntrase en las capitulares de BALUZE cartas de Carlo-Magno á Offa, rey de los Mercianos. El rey de los Francos le anuncia las victorias que ha alcanzado sobre los Sajones y los Lombardos. Ve en ellas una victoria del cristianismo; dice que escribe al rey más poderoso de la Europa occidental para estrechar los vínculos entre los príncipes cristianos (BALUZE, I, 194).

Otra carta de Carlo-Magno, dirigida al mismo rey, garantiza á los peregrinos anglo-sajones seguridad completa en el imperio de los Francos; no se hallan sujetos á impuesto alguno. Los mercaderes tienen que pagar los derechos de peaje; pero gozan también de la protección del Emperador y pueden dirigirse á él si sufren alguna vejación (BALUZE, I, 273).

(2) MONACH. SANGALLENS., II, 9 (PERTZ, t. II, p. 753).